

UN CENTENARIO PROXIMO

La fecha del centenario

Nos han llegado los rumores de que en Francia, y creemos que en todo el mundo latino, se piensa celebrar el centenario del Romanticismo. Se disputa sobre cuál sea la fecha que deba escogerse entre las sucesivas que componen la etapa inicial del magno movimiento. Indudablemente la de 1827 nos parece la más adecuada si excluimos los preparativos y manifestaciones similares que precedieron la ruidosa pugna en las literaturas septentrionales, y teniendo sólo en cuenta que de Francia y no de Germania y Gran Bretaña se difundió el hálito innovador por todo el mundo.

En el año citado el entonces imberbe poeta de las fulminaciones terroríficas daba a luz el prefacio de *Cromwell*.

En la contienda literaria y de trascendencia política y social que agitó los primeros quinquenios del siglo posado, el prefacio de *Cromwell* es la declaración de guerra. *Herique III* de Dumas (padre) y la versión de *Otelo*, de Vigny, son los combates previos. La noche de *Hernani* es la batalla triunfal. Y así como el recordar las empresas libertadoras de los pueblos se impone como fecha simbólica que las significa y condensa, no la del día que selló la realización de un anhelo, sino la del que oyó la proclamación turbada y ciega de una idea directriz; así como nosotros contamos nuestra historia republicana desde el 20 de julio y no desde el 7 de agosto, y los franceses festejan el advenimiento de su radio-activa nacionalidad, el 14 de julio y no el 21 de septiembre, así también parece más acertado que recordemos la interesante querrela entre *nuevos* y *viejos*, al cumplirse, en el entrante, cien años de haber pronunciado Víctor Hugo

desde el púlpito evocador y viviente de la nueva religión, esta frase: «*Tout ce qui est dans la Nature est aussi dans l'Art*». Frase que después, en las postrimerías de la nueva escuela, había de retocar Lamartine, sin quererlo quizá, en esta otra: «*l'idée comme Dieu fait le monde à son image*».

Nueva Granada más romántica que América romántica

Si el maremagnum de problemas e intereses temporales que sacuden hoy a la vetusta Europa, ahogara la resonancia de esta conmemoración, quedaría bien que en nuestros calurosos trópicos nos apropiáramos el honor de realzarla prestándole nuestro entusiasmo desocupado y fervoroso.

Admitido ya que América, antes de su emancipación, era virtualmente romántica, y que sólo le faltaba el impulso de vientos extranjeros que la sacasen de su letal marasmo, encauzándola por una vía para ella conatural y expedita, no es aventurado afirmar que, entre las regiones de América, la Nueva Granada paladeó, asimiló y rehizo, con más apropiamiento y continuidad, los elementos ultramarinos de alimentación espiritual.

Un político neogranadino había dicho que una vez alcanzada la independencia, Venezuela se convirtió en un cuartel, Nueva Granada en una universidad y el Ecuador en un convento. Las demás naciones, agregamos nosotros, fueron más bien campos de explotación y de trabajo, si no lo que el Ecuador y Venezuela. Hay que corregir un tanto la primera frase. Nosotros alternámos la vida cuartelaria con la conventual, y en nuestros largos ocios universitarios les dimos amplio vagar a las facultades más caras al romanticismo integral, llevados por la nostalgia y ardor inmoderado que la falta de equilibrio nos produjo. La muestra más significativa de tal modalidad es aquella constitución neogi-

rondina que sometimos al visto bueno del celeberrimo autor de *Los Castigos*.

La exhuberancia pródiga de nuestra naturaleza, la desordenada variedad de nuestro clima, desde el ambiente caldeado que rebulle las íntimas fibras hasta la niebla gélida y constante que fomenta el vago ensueño, nuestro mismo aislamiento geográfico que coincide con la más ventajosa posición, estos y otros factores externos, y como factores subjetivos, el despertar de nuestras energías intelectuales y sentimentales ante la visión tentadora de un espejismo: Oriente de leyendas enmarcadas en arabescos, septentrión indeterminado de los cuentos de Grimm. Y luego, al ampliar nuestro horizonte literario, el irnos tropezando con la serie ininterrumpida de cimas nacionales que se insinúan fieramente en una atmósfera ilusa. Todo esto nos predispone al romanticismo, riega sobre el blando basamento de nuestras actividades creadoras un soplo tibio de romanticismo, y cuando, cediendo al mismo prurito de rebelión y capricho que el romanticismo nos comunicó, queremos romper la adorada cadena y derruir el vistoso monolito, protestamos en romántico, combatimos en romántico, adoptamos románticas posturas y recaemos al punto de partida, como en el tormento de Sísifo, agobiados por el propio peso de la mole que pretendemos encumbrar.

La tradición romántica de nuestra historia literaria

Los infortunados plagiarios de Bruto, en la noche de septiembre, románticos fueron. Savia de naciente romanticismo alimentó la musa de Aquimín. Doliente romanticismo saturó las tiernas coplas de la *Despedida de la Patria*; hirviente romanticismo caldeó las líricas protestas de *La Libertad y el Socialismo*. Romántico fue el mejor bardo épico de la lengua, y romántico el discípulo más

aprovechado de Virgilio en América. Y así fueron románticos los serenos aedas que en odre añeja vertieron vino de amor patrio, como los rapsodos desmelenados de la plaza pública que en resonantes notas evocaron «los ecos no enmudecidos del martirio» y «los inagotables manantiales del dolor nacional». Muy de romántico fue el gesto luciferino que se plasmó en la *Hora de tinieblas*, y muy de romántico, el que cuajó en lágrimas del más hondo lirismo ante el féretro de Elvira Tracy.

Y sí por un lado comprobaron su pura estirpe romántica los vivaces articulistas, ingeniosos a la francesa, que formaron en pos de Vergara y Vergara y el *tuerto* Echeverri, por otro lado se mostraron hábiles esgrimidores de la barra de Polifemo, calentada al rescoldo clásico, con que pretendieron reventar el eje de cíclope de los tiranos democráticos, los mejores discípulos de Montalvo, acicalados estilistas como él, girondinos ingenuos como él, fulminadores sentenciosos como él, románticos como él: Juan de Dios Uribe y Antonio José Restrepo.

Y acaso no fue romántico «el último nacido del viejo cisne y Leda?» Sin proclamarse jefe de renovaciones literarias fue Silva el precursor mesurado de novísimas tendencias. Beneficiando los inéxhaustos caudales del metro y el ritmo castizos, no desechando a ciegas los tesoros apolillados de la lengua, antes bien, vaciándolos y refundiéndolos con sin par donosura, cantó Silva en diáfanas ritmas de una simplicidad helénica, los más amargos desencuentros, los más hondos sentimientos y los más sugestivos contrastes. Y sin embargo, esa flor de selección anticipada, fue flor de romanticismo. Víctima del *mal siglo* que aquejaba a fines del siglo XVIII a los enfermizos lectores de Senancour, pudieron adaptársele casi bien estos rasgos melancólicos de Obermann: «que no sabe lo que es, lo que ama, lo que quiere, que gime sin motivo, que

desea sin objeto y que nada ve sino que se arrastra en el vacío, en el desorden infinito de todos los fastidios».

La significación del centenario

Y en presencia de esta contribución nacional, sostenida y copiosa, a los ideales de una tendencia, la más seductora quizá de cuantas gustaron en el palanque literario del décimonono, qué actitud asumiremos quienes por el mismo hecho de pertenecer a una generación naciente, hemos debido de recibir la lactancia espiritual de la generación anterior, a la que debemos cariño de hijos? Vivimos en época de valorizaciones; es posible que en el campo de las ideas nos encontremos en la edad del des-tete. De entre el acopio de impresiones, fórmulas y conceptos de la vida que nos han legado nuestros antecesores inmediatos, ¿qué será más apropiado mantener y desenvolver? Quizá los recientes de la novísima generación se anticipan a definir ex-cátedra las direcciones de dos tendencias que se entrecruzan e influyen; quizá se arriesgan por senderos y matorrales, sin brújula y sin guía, como la cabrita insurrecta de Daudet que saltó la valla del viejo corral, tentada a triscar los pastos del vecino prado. La desorientación reinante, la crisis de ideas y sistemas, fatal secuela de la post-guerra, haría de lobo feroz que devorase nuestra vanidosa inexperiencia.

Por eso el próximo centenario no debiera encontrar-nos lanzando o defendiendo programas de última hora, que nos hagan incurrir por un vacío prurito de exhibición en la manía nativa de suplantar la «imitación-cos-tumbre con la imitación-moda», tan admirablemente comentada y combatida por nuestro pensador excelso Carlos Arturo Torres. La singular repetición de muchas circunstancias que rodearon el acontecimiento memorado, nos debe incitar a recoger y estudiar los programas arrumbados, con propósito revalorador, a liquidar y esclarecer el substractum aprovechable de ese depósito hereditario

que acumularon nuestros predecesores en la lucha por el ideal y, al mismo tiempo, a contemplar y aguardar, con despasionada prevención, la dirección e impulsos de la época en que obramos. El romanticismo nos confiesa cuánto perdimos con su predominio exclusivo en todas las esferas de nuestra actividad histórica; pero no descolguemos sus gastadas armas para combatirlo con ellas mismas; no salgamos, en clamoreo desafiador, a barrer con lo pasado, a demoler lo establecido; ni tampoco levantemos tribuna en atrayente postura de paladín, bajo los arcos góticos de la amenazada catedral, frente al crucifijo «de castiza envergadura». Así pregonamos tristemente nuestra desorientación ideológica; así, la carencia de un derrotero fijo, la peligrosa ductilidad de nuestra mente. Así, en fin, se impone más que nunca, la expectativa de un profeta joven que venga a escribirnos el prefacio de *Cromwell*.

ARMANDO ROMERO LOZANO

Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, Bogotá, 25 de agosto de 1926.

